



(2)

(Ayguals de Izco hermanos, editores.)

## CAPITULO II.

### CONFIANZAS RECÍPROCAS.

El dueño de la casa donde se habían refugiado los dos sublevados era una persona respetable, jefe de un establecimiento mercantil de los mas acreditados en la corte. Hombre exclusivamente consagrado á sus negocios, el tiempo le faltaba para atender á sus vastas empresas, pues no solo se dedicaba á la compra y venta de infinitas mercancías, sino que era tambien uno de los principales banqueros de Madrid. Esclavo de un trabajo que hacia todas sus delicias, apenas frecuentaba teatros ni sociedades, y la política no tenia para él mas interés que la influencia que suele ejercer en la alza ó baja de los fondos. No pertenecia á partido alguno, solo deseaba que hubiera tranquilidad para que prosperasen sus negocios. En este sentido era enemigo de las revoluciones, y sin embargo, impelido por la bondad de su corazon, daba asilo en su casa á dos desconocidos que se le presentaban como fugitivos revolucionarios,



sin que le arredrase en lo mas mínimo el compromiso que semejante accion podia acarrearle.

—Aquí están ustedes seguros, amigos míos—les dijo con amable jovialidad;—pero siento no poder ofrecer á ustedes todas las comodidades que desearia.

—Mil gracias, caballero—dijo uno de los desconocidos.

—Nuestra gratitud será eterna—añadió el otro.

—No puedo impedir que esta noche sea toledana; pero afortunadamente va adelantada ya.... La pasaremos en amigable conversacion, y mañana será otro dia, como suele decirse.

—No podemos permitir que usted interrumpa su descanso.

—Un hombre de negocios está acostumbrado á pasar las noches en vela.

—Con todo....

—Menos réplicas, señores míos—esclamó sonriéndose el buen banquero.—Han caido ustedes en mi poder: y como se opongan en lo mas mínimo á mi gusto, voy corriendo á delatarles.

—¿Quién resiste á semejante amenaza?—replicó el mas jóven de los desconocidos, sonriéndose tambien á pesar de los tristes azares de aquella desventurada noche.

—Solo en el caso de que tengan ustedes que tratar de cosas reservadas, para lo cual sea mi presencia un estorbo...

—La presencia de un mortal tan generoso como usted, lejos de estorbar, nos llena de placer... es la presencia de nuestro ángel custodio.

—¡Vaya un angelito!..... con cincuenta y cinco navidades á cuestas—objetó con gracia el banquero.—Lo que yo hago no tiene mérito alguno. La confianza con que ustedes me han honrado al elegir mi casa como puerto de seguridad, y entregarse á mi

disposicion, me impone un deber sagrado que no llenaria como caballero negándoles mi proteccion.

—Todo ha sido obra de la casualidad, y aun en este momento en que nos confunde usted con su generosa conducta, ignoramos á quién debemos tantas atenciones.

—¿Cómo! ¿Y sin saber quién soy se han refugiado ustedes en mi casa?

—No tenemos tiempo para elegir el punto de nuestra retirada.

—¡Válgame Dios! ¿Y si fuera yo un mal hombre?

—Afortunadamente vemos que es usted todo un caballero.

—Vivan ustedes tranquilos. Se hallan en casa del comerciante don Fermin del Valle y está dicho todo.

—Mucho celebramos conocer á una persona, cuya probidad es respetada en todo Madrid. ¡Cuánto incomodaremos á su familia de usted!

—¿Familia? Toda la familia está en presencia de ustedes, esceptuando el cajero, hombre honrado.... otro pollo de mi edad, que á estas horas estará durmiendo como un liron porque tiene ya su pasaporte para marchar al amanecer á París á orillar cierto negocio, y un par de sirvientes del género masculino.... Total: cuatro solterones inútiles para el estado, pues ni siquiera hay uno que entre en quinta. Ahora... en momentos como el presente, es cuando siento yo la falta de una mujer en casa... Para estos lances se pinta solo el bello sexo. Ustedes tomarán ahora una taza de té y sus correspondientes tostaditas de pan con manteca.... Es el alimento mas á propósito para el caso... reúne las dos exigencias del cuerpo exhausto... apaga el hambre y la sed. ¿No les parece á ustedes bien?

Los desconocidos se inclinaron llenos de reconocimiento, y don Fermin continuó:



—Tengo un cocinero excelente, cuya habilidad me hace menos sensible la falta de una mujer. No quiero mujeres en casa, si son jóvenes se le suben á uno á las barbas, y si viejas..... ayúdenme ustedes á sentir..... he probado por dos veces tener una ama de gobierno... ¡Dios me perdone! No he podido sufrir á ninguna de ellas mas allá de quince dias. Si fuera yo revolucionario, como ustedes, habia de pedir la abolicion de las viejas antes que la de los derechos de puertas y de consumos.

—¿Y por qué no se hace usted revolucionario?— dijo el mas viejo de los desconocidos, deseando averiguar los principios políticos del dueño de la casa.

—¡Dios me libre! ¡Buenos andarian mis negocios! Y digo.... no hay duda que la edad es á propósito...

—¿Cree usted que soy yo mucho mas jóven que usted?

—Pero esos bigotes veteranos... esa perilla voluminosa, y sobre todo la viveza de esos grandes ojos negros y ese romántico color acetrinado... revelan desde luego el genio marcial y emprendedor que se necesita para agitar las masas populares.

—Siendo así, ¿qué dirá usted de mi camarada, que es blanco y rubio como usted?

—Es cierto; pero hay en su rostro toda la espresion de un verdadero demócrata.

—Veo que es usted buen fisonomista, —repuso el desconocido de menos edad—porque soy en efecto demócrata..... ¿Y no podrá esto acarrearos el desagrado de usted?

—La verdad, —dijo el banquero—no soy yo muy amigo de los demócratas.

—Sin embargo, en este momento nos está usted dando pruebas de generosa simpatía.

—Yo simpatizo siempre con los desgraciados.

—¿Y con tan generosos sentimientos, no es usted amigo de los demócratas?

—Disimulen ustedes mi ignorancia en materias de política; yo ignoro absolutamente qué clase de gobierno es el mejor; pero para el que se dedica al comercio, no hay mejor gobierno que el que le permite trabajar con tranquilidad. ¿Y cómo pueden darnos tranquilidad las revueltas y los motines? Un comerciante no puede ser partidario de los enemigos del orden, porque solo en el orden prosperan los negocios mercantiles.

—¿Y cree usted de veras que los demócratas son enemigos del orden?

—Todo el mundo cree eso.

—Pues se equivoca todo el mundo.

—No estamos de acuerdo, amigo mio; y la presencia de ustedes en esta casa, es una prueba de la razon que me asiste.

—Nuestra presencia en esta casa, prueba precisamente que somos amigos del orden.

—¿Amigos del orden, y se sublevan ustedes para turbarlo?

—No es esa nuestra intencion.

—¿Pues cuál es entonces?

—Precisamente todo lo contrario; nos sublevamos contra el desorden.

—No le comprendo á usted.

—Pues bien fácil es comprenderme. ¿A qué llama usted orden?

—Yo llamo orden á la tranquilidad, al sosiego, á la paz...

—Pero esta paz, este sosiego, esta tranquilidad por sí solas nada significan. Tambien hay tranquilidad, paz y sosiego en el



Campo Santo, y no creo yo que sea ese el orden que conviene al comercio, cuya prosperidad reclama que haya ebullicion, movimiento, vida que anime los negocios...

—En esa parte confieso que tiene usted razon; pero ese movimiento y esa vida son precisamente hijas del sosiego público, al paso que las revueltas asustan á los capitalistas, emigran ó guardan sus caudales en sus arcas ó gabetas, y cae el comercio en un marásmo verdaderamente sepulcral.

—Verdad es que las revueltas continuas é inmotivadas deben producir el funesto resultado que usted dice; pero esas revueltas no son la democrácia.

—¿Pues por qué apelan ustedes á ellas para establecerla?

—Porque no tenemos otro recurso.

—Lo cierto es que tienen ustedes á la España en continua agitacion, y no es esto lo que conviene á la prosperidad del país.

—Pero menos le conviene ser avasallado por inicuos opresores que le abrumen con escandalosos vejámenes, y pisotean las leyes, y prohíben la discusion, y matan la libertad de imprenta, y... lo que es mas escandaloso que todo..... le esquilman sin piedad á fuerza de insoportables contribuciones, cuyo producto solo sirve para aumentar el escándalo, para enriquecer á los palaciegos mientras el pueblo se empobrece...

—Eso de las contribuciones sí que es verdaderamente escandaloso —esclamó el banquero interrumpiendo á su antagonista.

—Eso de las contribuciones, y todo lo que pasa en el dia es afrentoso para España. Todo ello da lugar á que se nos tenga por los extranjeros como entes salvajes..... á que digan que el Africa empieza en los Pirineos.

—¿Y cómo quiere usted remediarlo?

—Dando al país leyes sábias y protectoras. Para esto es preciso que haya una revolucion, una sola revolucion que corte de raiz todos los males, porque tambien estoy completamente de acuerdo con usted, en que las continuas revueltas asesinan á las naciones. Los gobiernos tiránicos, como por ejemplo, la actual dictadura del general Narvaez, son precisamente los que no pueden ser de ningun modo estables. Cuanto mas se oprime al pueblo, cuanto mas se le aterroriza llevando víctimas al patibulo, mas se le exaspera. En este estado son continuas las conspiraciones, y en pos de ellas los pronunciamientos y esa agitacion incesante que contribuye á la ruina de los Estados.... Y digo contribuye, porque bastante hacen para arruinarle los ministros que reducen toda su inteligencia á mandar despóticamente y robar. ¿No conoce usted que este es todo el afan de los que gobiernan?

—Demasiado lo conozco, pero... ¿qué quiere usted hacerle?

—Echar abajo á los ladrones.

—Caerán esos y subirán otros al poder que seguirán sus huellas.

—Por eso es preciso, indispensable, hacer una reforma en las instituciones, y que no sea una farsa la responsabilidad ministerial. El castigo debe alcanzar á los magnates lo mismo que á los pobres.

—Eso seria muy justo.

—Pues esa justicia, esa igualdad es la base de la democrácia.

—No lo dudo; pero...

—Me comprometo desde ahora á probar á usted, que únicamente la revolucion, tal como yo la concibo, puede dar al comercio, con otras mil ventajas, ese sosiego que usted apetece para la prosperidad de sus negocios.



—Admito la oferta; pero como preveo que la discusion va á ser entretenida, no es cosa de prolongarla aquí de pié. Cuando estemos sentaditos en el comedor junto á la lumbre de la chimenea, iremos saboreando el té de la Jamaica y la rica manteca de Flandes al arrullo de nuestras pláticas políticas. Veremos quién vence á quién. Entre tanto.... no sé si es atrevimiento el mio.... creo que estarán ustedes convencidos de mi buena fé, y de que me basta que sean desgraciadas las personas, para que me juzgue en la sagrada obligacion de auxiliarlas; pero si no hubiese inconveniente en que yo supiera á quién tengo la honra de prestar mis humildes atenciones..... seria mi satisfaccion mas completa si las personas que acaban de tomar posesion de esta su casa se dignasen enterarme de sus nombres y de su posicion social. Si hay algun inconveniente, por leve que sea, que se oponga á mi natural curiosidad, figúrense ustedes que nada he dicho sobre este asunto, sin que por esto deje de ofrecer á ustedes, no solo la habitacion que con el mayor gusto les he franqueado, sino cuanto les haga falta hasta lograr su completa salvacion. Estoy bien relacionado con las autoridades del dia, y me lisonjeo de que en ningun caso tienen ustedes nada que temer hallándose en mi pobre morada.

—Mal corresponderíamos á la noble franqueza de usted,—repuso el mas jóven de los desconocidos,—y á la generosidad con que nos dispensa tan desinteresada proteccion, si usáramos de una reserva que por ningun concepto merece el señor del Valle. Soy el marqués de Bellaflor.

—¡El marqués de Bellaflor!—esclamó con alegría don Fermín.—No tenia el honor de conocer á usted personalmente; pero he oido mil veces ponderar sus bellas cualidades. Sé que tiene usted una esposa modelo de virtudes..... una santa señora muy cari-

tativa, dotada de encantadora amabilidad, y de un talento extraordinario.

—Verdaderamente es un ángel que el cielo me ha concedido para consolarme en todas las aflicciones de esta vida.

—¿Y con una compañera tan envidiable, con una posicion tan brillante en la sociedad, se entromete usted á regenerador de su patria? ¿No es usted dichoso en el hogar doméstico?

—No lo soy cuando considero los males que acarrea á la nacion la tiranía de sus gobernantes.

—Bien dicen que jamás el hombre está satisfecho con su suerte. A buen seguro que si me hallase yo en el caso de usted, me habia de importar un comino que gobernase Juan ó Pedro. ¡Ha de ser tan delicioso tener uno á su lado una compañera adorable!

—Lo es en efecto, amigo mio, y no pasa un solo dia sin que dé gracias al cielo por la dicha que he tenido en la eleccion de esposa.

—¡Yo siempre solo!.... yo, que hasta el año 34 habia vivido en el seno de una numerosa familia.... ¡Qué recuerdos tan tristes! Mi hermano mayor estaba tambien casado con una mujer muy buena; tenian dos hijos que hacian su felicidad.... y la mia.... Yo les queria tanto como su padre. Acostumbrado á sus caricias, á sus inocentes travesuras... á la amabilidad de su madre... á las conversaciones de mi hermano.... al animado conjunto de una familia bien avenida y feliz, no puedo acostumbrarme á la soledad que me rodea.

—¿Y por qué se ha separado usted de ellos?

—¡Ay, la muerte me los arrebató!

Y al decir esto el honrado banquero, no supo contener una lágrima de amargura.



- ¿Todos han muerto?—preguntó enternecido el marqués.
- Todos. La mujer de mi hermano y sus hijos fallecieron del cólera..... Era imposible que mi buen hermano sobreviviese á tan desgarradora desgracia.... y á pocos dias murió de dolor.... en mis propios brazos. Heredé su inmensa fortuna; pero las riquezas no hacen la felicidad del hombre. El año 34 fué muy fatal para mí.
- El año 34.....—repuso el marqués—precisamente el que inauguró mi felicidad...
- ¿Cómo así?...—preguntó el respetable banquero con el candor de un niño.
- El año 34 vi por primera vez á mi María, á mi adorada esposa.
- ¿Y dónde halló usted una mujer tan buena?
- No quise buscarla en la alta sociedad..... Me amedrentaba cierto libertinage, del cual yo mismo adolecía. Calavera como la mayor parte de mis amigos, fué mi primera intencion seducir á una hermosa niña, cuya conquista creía sumamente fácil. Poseía todos los medios á propósito para triunfar. Joven, noble, y sobre todo muy rico, creía yo poder vencer fácilmente á una muchacha pobre, pobre hasta la indigencia. Me equivoqué. Todos mis esfuerzos se estrellaron contra las virtudes que este hombre generoso —y el marqués puso afectuosamente su diestra sobre el hombro de su compañero — habia sabido hacer germinar en el tierno corazón de su hija.
- ¿Es ese caballero su padre?
- Sí señor, aquí tiene usted al famoso arquitecto don Anselmo Godinez.
- El banquero estrecha con entusiasmo la mano de don Anselmo, padre de la virtuosa María, marquesa de Bellaflor.

- A la sazón era yo un pobre albañil—dijo don Anselmo.
- Felicito á ustedes cordialmente—repuso conmovido el banquero.—Si yo supiera encontrar una joven virtuosa, mas que fuese en la clase mas humilde de la sociedad, no tendria inconveniente en hacerla mi esposa. La soledad que me rodea es insoportable. ¿Qué me aconsejan ustedes?
- Estas materias son tan delicadas.....—respondió el marqués.
- ¿No cree usted que puedo labrar la dicha de una pobre joven? No me quedan parientes en el mundo. ¿A quién he de dejar las inmensas riquezas que poseo? Conozco muy bien que un pobre viejo no puede inspirar amor á una joven; pero ¿por qué no ha de poder interesarla? Ya que no me ame con la violencia de una pasión fogosa, puedo inducirla á fuerza de beneficios á que me quiera por gratitud. ¿Amándola, como padre, no me será lícito aspirar á que me ame como hija? Dirán ustedes, «si este pobre viejo quiere casarse ¿por qué no elige una mujer proporcionada á su edad?» ¡Dios me libre de cometer semejante desatino: me parecería tener siempre á mi lado un mastin con papalina. ¡Suelen ser tan gruñonas las viejas!...
- En este momento anuncia un criado que el té está en la mesa.
- Vamos, vamos, amigos míos, á calentar un poco el estómago. En la mesa continuaremos nuestra agradable conversacion.
- Y ofreciendo un brazo al marqués y otro á don Anselmo, les condujo al comedor.